



Ariel Magnus

CAZAVIEJAS

INTERZONA

Ariel Magnus

CAZAVIEJAS

INTERZONA

INTERZONA

Magnus, Ariel

Cazaviejas. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2014.

128 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-85-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

© Ariel Magnus, 2014

© interZona editora, 2014

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Victoria Villalba

Foto de tapa: Shutterstock © Laurin Rinder

Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-1920-85-3

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*Los presurosos beban mostos nuevos;
a mí, viértanme el vino de solera
en un ánfora guardada bajo remotos cónsules.*

Ovidio, El arte de amar

DEDICATORIA

Quisiera empezar estas memorias aclarándoles a sus eventuales lectores que todo lo que hice en mi vida, tanto lo bueno como lo que resultó no serlo, lo hice siempre guiado por el principio del placer y del desinterés, cuando no del más puro y sincero amor. Soy el primero en lamentar que esta pasión mía, que en sí no puede tener nada de condenable, se haya volcado desde siempre sobre un objeto que no figura (no aún) en la nómina de los que la sociedad está dispuesta a admitir, condenándome a la culpa y al miedo, al disimulo de mis sentimientos y a la práctica clandestina, por último al escarnio público y a la privación de mi libertad individual.

Nadie elige ser lo que se llama un perverso. Eso es anteponer la condena al delito, que naturalmente no es tal. Puede que el perverso sepa que sus inclinaciones son anormales antes de llevarlas a la práctica, pero incluso en esos casos no insiste en ellas por su carácter perverso, sino por placer. En cuanto al tan mentado placer por lo prohibido, tengo para mí que no existe. Lo que sí existe es el placer de prohibir. Perversos no son los placeres íntimos, quizá incluso innatos, en todo caso libres e incuestionables, sino la necesidad de condenar lo que en sí nada tiene de aberrante, salvo precisamente que *erra* respecto al canon. Esta condena, que puede terminar en una judicial pero empieza mucho antes, y que es tanto más efectiva cuanto más sutilmente se expresa, lleva al reo a creer que extrae su goce del castigo, de lo delictivo que otros ven en su goce. Sin embargo, la única perversión propiamente dicha es la que lleva a sus jueces a poner del lado de los perversos a todos los

que no comparten cierto tipo de conducta, acusándolos además de hacerlo solo por infringir la ley.

Pero caigo en la trampa de defenderme de un delito que no existe, y que solo cometen quienes lo perciben como tal. Es la ciénaga de la que intentan salir todos los inocentes, hundiéndose cada vez más en la culpabilidad falsa a la que fueron arrojados. A ellos dedico mis memorias, a todos los que tuvieron que privarse de vivir libremente sus placeres por culpa de los prejuicios, de este siglo y de otros. Porque se engaña quien crea que este tiempo es más tolerante que el pretérito, no importa de cuál le haya tocado ser contemporáneo. La sociedad apenas si atina a correr de tanto en tanto el eje de su dogmatismo intrínseco, variando como mucho el grupo de anormales en quien descargar sus miedos, nunca en cambio sus invariables miedos.

A mis cómplices, pues, dedico estas páginas (las que pueda –o me dejen– escribir) y también, claro está, a mis víctimas, mis dulces, encantadoras víctimas, a quienes ya dediqué mi vida, la que a continuación, en su memoria más que en la mía, me dispongo a recapitular.

LORENZA

Mi primer recuerdo es un olor. El conjunto de olores, para ser más preciso, que cundía en el altillo de la casa donde llegué al mundo con dos semanas de retraso (“Naciste viejo”, decía mi hermano Leonardo). Del lugar en sí no queda en el desván de mi memoria ninguna imagen, solo la amalgama aromática que emanaba (es un suponer, aunque no sin conocimiento de causa, pues más tarde llegué a ser comerciante de muebles antiguos, muchos de los cuales podría hoy reconocer maniatado y con los ojos cubiertos) por la madera hinchada y las cáscaras de barniz, el bronce ennegrecido y el pegamento reseco, los orificios abiertos por los gusanos de madera y las discretas pecas de moho ocultas dentro de los cajones forrados en papel. Otros olores se estancaban seguramente allí arriba hacía décadas, todos los de la casa en rigor, ascendiendo desde la cocina y aun el sótano por las escaleras alfombradas, pero el dominante era y sigue siendo para mí el de los muebles de mis abuelos, que habían vivido en la buhardilla hasta el día de su muerte (y, según Lorenza, más allá también).

El lugar más alto de la casa era también el más antiguo. Mi abuelo, Don Rigoberto, fue un arquitecto famoso por construir de arriba hacia abajo. Lo que yo conocí como el altillo había sido en principio su casa. A medida que la familia crecía, Don Rigoberto le fue agregando a esa estructura original el primer piso, la planta baja y el sótano, en ese orden. Levantaba las nuevas paredes al costado de las ya existentes y luego les colocaba la construcción previa a modo de techo, adelantándose en décadas a la metodología que

en parte se aplica hoy en las viviendas prefabricadas. Para izar los bloques se valía de un abstruso sistema de poleas que él mismo había diseñado y que ponía en marcha con ayuda de los elefantes de los circos que ocasionalmente pasaban por la ciudad. La única imagen familiar que luego mi padre traería a Argentina era precisamente la foto en el periódico local que lo muestra a su padre debajo de la casa, sostenida en vilo por una yunta de paquidermos pulcros y aburridos.

La casa de los abuelos, como se llamaba a la buhardilla en la casa de mis padres (el primer piso), funcionó para mí como una especie de refugio íntimo de público conocimiento. Todos sabían que yo me escondía ahí (me temo que en el último tiempo también sabían para qué me escondía ahí), pero como nadie ascendía nunca por la delgada escalera de pasamanos vacilante (mi padre debido a su obesidad, mi madre por miedo a los espectros de sus suegros y Leonardo por su parálisis), yo podía pasarme las horas que quisiera sin temor a que nadie me molestase. A mí no me consta que hiciera nada raro ahí arriba (era muy chico para eso), pero el psicoanalista al que asistí más tarde (y de quien hablaré a su debido momento) creía poder deducir de mis (no) recuerdos al respecto que sí hacía cosas raras y estaba convencido de que lo vetusto del ambiente tiene que haber influido luego en mis inclinaciones pasionales.

La única que subía de vez en cuando era Lorenza, nuestra criada, pero ella era todo lo contrario a una molestia. Según mi recuerdo, que es siempre de olores (el olor de su delantal y de sus trapos de limpieza, el de su sudor y su aliento agitado), yo jugaba a que ella era mi invitada y tomábamos el té, o que era su ayudante y limpiábamos juntos. De hecho había sido ella la que me había acostumbrado a estar en el altillo, pues parece que ya desde bebé me llevaba consigo cuando le tocaba limpiar.

—Ella decía que para que la defendieras de los fantasmas —sostenía Leonardo—, pero para mí que la vieja lo que hacía era darte la teta, o alguna cosa peor.

La hipótesis no es descabellada (Lorenza no había tenido hijos y mi madre nunca quiso tenerlos, de modo que fue la así llamada criada quien en realidad nos crio) y naturalmente no me escandaliza en lo más mínimo (un bebé amamantado por una abuela es de las imágenes más tiernas que puedo concebir), pero mi padre prefería pensar que Lorenza me llevaba consigo porque no se animaba a dejarme solo con Leonardo.

—Leo jugaba al básquet con tu cuna y de pelota usaba cualquier cosa que tuviera a mano —me contó—. Una vez me lo encontré tratando de embocarte mi colección de sacacorchos, y si todavía estás vivo es porque el idiota siempre tuvo menos puntería que los malos en las películas.

Tampoco la hipótesis de mi padre me parece inverosímil. Mi hermano siempre sintió que yo caminaba no por costumbre, sino para provocarlo, lo que me obligaba en su presencia a permanecer sentado o a arrastrarme. Sin embargo, prefiero creerle a Lorenza y a sus fantasmas, aunque sea un miedo tan infantil como el escudo con que pretendía combatirlo (yo). Me molestan las personas, empezando por mi padre y mi hermano, que siempre tienen para el quehacer ajeno una explicación mejor que la que da su mismo protagonista, como si todos mintieran hasta que se demuestre lo contrario, y aun después de que lo demuestran. No creen que alguien pueda tenerles miedo a los fantasmas y son ellos los que, por desconfiados, quizá hasta por miedosos, terminan creyendo en explicaciones mucho más fantasmagóricas.

Lorenza no cruzó el océano con nosotros (tenía casi cien años cuando mamá se mató y mi padre decidió usar la plata de la indemnización para venirnos), por lo que su recuerdo se confunde con el del attilo de mis abuelos, que es en definitiva el de toda mi niñez europea. Nací ya viejo en el viejo continente y a eso huelen mis primeros años de vida, por lo que asumo que a eso huele desde entonces cada mueble antiguo, cada pecho y cada cuerpo. Es una explicación simple, casi banal, y por la misma razón convincente,

prácticamente irrefutable. Me la sugirió el Dr. Wein, el psicoanalista al que me mandó Gertrudis años más tarde, para curarme lo que también yo llegué a creer que era una enfermedad. En palabras de Leonardo, que como toda persona con movilidad reducida tomaba siempre el camino más corto, también para decir las cosas:

—Vos lo que querés es volver a chuparle las tetas a Lorenza, degenerado. Pero Lorenza está muerta, eso es lo que no entendés.

El que no entendía, como se verá, era mi hermano.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA